

**PREMIOS LITERARIOS
“SANT JORDI” 2018**

INS. XXV OLIMPIADA

**DEPARTAMENTO DE
LENGUA CASTELLANA
Y LITERATURA**

23 de abril de 2018

Índice

1- PRESENTACIÓN

2- TEXTOS PREMIADOS:

2.1 PRIMERO Y SEGUNDO DE ESO

2.1.1.- POESÍA:

Primer premio: Tania León (2º A), *La otra cara de las personas que no existe*

2.1.2- PROSA:

Primer premio: Iván Russell (2º D), *La luz del alba*

Segundo premio: (ex aequo): Laura Roperó (1º A), *Have a revolution.*

Segundo premio: (ex aequo): Laia Soler (1º C), *Pequeños pero enormes luchadores*

2.2 TERCERO Y CUARTO DE ESO

2.2.1.- POESÍA:

Primer premio: Katherine González (4º B), *No sé qué piensas*

2.2.2- PROSA:

Primer premio: Eulàlia Gallardo (4º B), *Salvavidas.*

Segundo premio: Katherine González (4º B), *La caída.*

2.3- BACHILLERATO

2.3.1 - POESÍA:

Primer premio: Sara Ausió (2 Bach D), *Negro ceniza.*

Segundo premio: Ana Grañena (1 Bach D): *Siglos de anhelo*

2.3.2 - PROSA:

Primer premio: Andrea Bello (2 Bach. B), *XIX*

Segundo premio: Nikol Lyubomirova (2º Bach D): *Una historia no muy corriente*

2.4.- PADRES DE ALUMNOS:

POESÍA: Joan Pelóche, *Larga ausencia*

El tiempo fluye y transcurre con prisa. De nuevo, llegó Sant Jordi.
Brillan las palabras de nuestros jóvenes escritores. Unas se disfrazan de flechas enamoradas; otras, en cambio, se cobijan en los recovecos del dolor.

Todas emanan de una misma pasión: compartir complicidades, emociones, sentimientos.... vidas.

Y sus historias.

Barcelona, 23 de abril de 2018

Jurado 2018: Rut Briz, Nieves López, Toni Martí, Rosa Martínez, Marta Valls.

PRIMERO Y SEGUNDO DE ESO

PRIMER PREMIO DE POESÍA

Tania León (2º A), *La otra cara de las personas que no existe*

Hay muchas cosas en este mundo,
toda la gente tiene un rumbo.
Todos tenemos tradiciones
y algunos, religiones.
Cada persona lleva en su raíz
su corazón y su país.
Tantas lenguas,
todas bellas.
Cada cultura
es una dulzura.

Pero...
algunos ven cosas malas,
ven otra cara.
Personas que odian a otras
y las quieren en mazmorras.
Muchas injusticias que se cometen
supuestamente por ser "diferente".
Algunos dicen que son superiores
pero en realidad son inferiores.
Se creen más que otra gente
pero la realidad es otra lente.

Todos somos iguales,
sin nuestros males.
El corazón no tiene cara
pero el cuerpo tiene alma.
Nos juzgan por la imagen:
tantas máscaras con maquillaje.
Lo que importa es el interior,
no la estética, no lo exterior.
No dejes que nadie te destruya,
no seas tú quien huya.
Quiérete a ti mismo
y dile no a ese abismo.
Nadie te dice quién eres:
tú eres lo que tú quieres.
Todos somos humanos
y no deberíamos hacernos daño.

PRIMER PREMIO DE PROSA

Iván Russell (2º ESO D), *La luz del alba*.

Por el cielo nocturno se acerca la luz que marcará mi futuro.

Cada vez es más grande, y más nervioso me pongo. Tiro el bocata al suelo, el mismo suelo que ya nunca volveré a ver. Me levanto de la mesa de picnic en la que estoy sentado y me pongo a rodear la pista de aterrizaje. Por el altavoz suena una voz, nos dice que entremos a la semiesfera de cristal que se encuentra donde se supone que aterrizará nuestro transporte.

Yo y otros 500 jóvenes aproximadamente entramos. Unas sillas grises nos esperan dentro. Va a comenzar el reconocimiento. Nos han hablado del Viaje en la escuela, pero nunca lo había imaginado tan triste. Nunca concretaban muy bien cómo es ni qué pasa al otro lado. Ahora ya lo entiendo.

Al otro lado del vidrio se pueden apreciar los últimos rayos de sol ceñirse tras el cerúleo lago de Bañolas. Observarlo me tranquiliza, siempre lo ha hecho.

Nos vamos sentando todos en los asientos. Aparece el primer escaneo. Un puntero láser verde atraviesa la multitud. Se para en el chico que tengo al lado, se llama Carlos, fue conmigo a Primaria. De pronto la trayectoria del láser se hace opaca y súbitamente desaparece. Carlos entra en una especie de trance.

Poco a poco la sala se va durmiendo. Pronto me tocara a mí. No quiero. No pueden alejarme de mi familia y amigos. No es justo. No puedo hacer más que quedarme inmóvil.

Veo que el puntero me apunta. Esos últimos instantes me fijo en mi reflejo en el cristal de la cúpula. Mi pelo rubio salvaje, mi cuerpo bien alimentado, también, me fijo en que soy más ojizarco de lo que pensaba. Me parece oír mi nombre, Luis Vega, retumbar por mi mente.

Abro los ojos en una habitación enorme llena de camas con gente que se va despertando. Me siento desorientado, pero momentos más tarde recuerdo lo sucedido. Supongo que estoy en la nave de trasbordo, a punto de concluir el Viaje.

Al fondo de la gran sala de metal hay un ventanal con vistas al espacio. Me levanto y me acerco allí. Por el camino veo a gente de mi edad de todo tipo: desde algunos imponentes y agresivos, hasta otros que los cinco días de sueño no les han sentado demasiado bien y se encuentran en un estado decumbente. Otros, directamente, siguen dormidos.

Miro al planeta que se encuentra al otro lado del vidrio. Al principio, uno juraría que se trata de la Tierra, pero después te fijas en que las formas de los continentes no encajan con los del Planeta Madre.

Al bajar de la nave lo primero que me viene a la mente es “frío”. Un lago helado se encuentra a la izquierda de la nave. A la derecha un bosque de árboles pelados pero con largas ramas. Al final de cada rama se encuentra una bolita morada que jamás había visto.

Caminamos en pelotón por un sendero entre el bosque y el lago. No nos guía nada más que el instinto. Llegamos a un edificio hecho de hormigón incrustado en la montaña nevada. Cuando llegamos a la puerta de entrada, giro lo cabeza hacia atrás: la nave despega y desaparece en el horizonte. A pesar de estar rodeado por mucha gente, me siento solo. La única esperanza es la de poder reencontrarme con mi padre, que, cuando yo era pequeño, entró en depresión y decidió venir a este insólito planeta.

Empieza a amanecer. La puerta se abre y entramos todos. Ante nosotros tenemos una sala con diferentes puertas. Nos separan por inicial de apellido y dependiendo de la letra vamos a una puerta u otra. Soy de los primeros en entrar por mi puerta. Al otro lado hay un largo pasillo que lleva a otra puerta. Al atravesarla me recibe un agradable salón con sofás y mesillas con tazas de té.

Una voz nos habla de que no somos unos desafortunados por estar en el veinticinco por ciento de la población, que empezaremos una vida nueva y conseguiremos nuevos amigos a los que llamaremos familia. Eso espero.

* * *

Me levanto de la cama, me acerco a la ventana y espero a que salga, lo que llamamos aquí, el Vacío. Un rato más tarde aparece, esta vez es un chico. Camina desnudo y sin rumbo hacia la niebla, como si le hubieran vaciado el interior, como un vaso vacío. Al cabo del rato desaparece engullido por la densa bruma. En los tres meses que he estado aquí,

Abro la puerta de mi habitación y me encuentro a dos robots esperándome. Corro al fondo de mi habitación intentado evitar lo inevitable. Entran y me agarran de los brazos. No tiene sentido luchar. Sumiso, me dejo llevar. Recorremos pasillos y salas. Al final entramos a una sala con todo tipo de maquinaria con, en el medio, una camilla. Tengo miedo. Me colocan en la camilla y me atan unas correas en los tobillos y muñecas. Trago saliva. Miro por la ventana que hay a un lado de la sala. Al otro lado del cristal hay cuatro personas, y una que conocía muy bien. Mi padre.

Esos últimos instantes me fijo en mi reflejo en el cristal. Mi pelo rubio salvaje, mi cuerpo bien alimentado, también, me fijo en que soy más ojizarco de lo que pensaba. Me parece oír mi nombre, Luis Vega, retumbar por mi mente.

Se pueden apreciar los últimos rayos de sol ceñirse tras el cerúleo lago. Observarlo me tranquiliza, siempre lo ha hecho. Abro los ojos y me enfrento a mi destino.

SEGUNDO PREMIO DE PROSA (ex aequo)

Laura Roperó (1º ESO A), *Have a revolution*

Lo que voy a escribir ahora es para expresarme y para motivaros a vosotros a expresaros. Como diría Mc Hammer: “*Break it down!*” Y muchos más en la historia de la música nos han animado a ello y a salir por las calles a celebrar la revolución que se prepara: Jim Morrison, Elvis Presley, Bob Marley... Nos lo han dicho tanto roqueros como hiphoperos y muchos más, porque, en realidad, los que se han atrevido a decirlo son los que piensan de verdad y lo quieren ahora, que ya es hora. Otra invitación famosa ha sido por parte de los Doors: “*We want the world and we want it now!*” Y no solo se ha dicho mediante la música. Hay gente que se ha expresado con los libros, con la pintura, con el cine... Esa gente es valiente, la que piensa que no nos encontramos solos. Y yo creo que ya ha llegado mi hora de hacerlo: que esa faceta hippie que tenemos todos en nuestra interior salga a la luz. Si no lo consiguieron del todo los de esa gran generación, ellos lo empezaron y nosotros lo acabaremos. Que unos saquen más ese espíritu libre y otros menos: lo que importa es que se acabe ya la opresión a todos los que no la merecen. Yo quiero que esa revolución juvenil que se empezó en los 50 se realice del todo en el 2018. Que no os dé miedo decirle a otro lo que pensáis, que no os avergoncéis de lo que sois. Si queréis, se lo decís a vuestra familia y a vuestros amigos, poco a poco... O podéis gritarlo a los cuatro vientos, si os lo habéis reprimido demasiado tiempo. Si alguien os critica por ello, no es una persona: es un robot manipulado por el sistema. Y os recomiendo que no os juntéis con esa gente, porque ese es el único tipo de ser humano que no es persona, y que su manera de ser es como la enfermedad de la peste: se contagia rápido. Y también os recomiendo que no sigáis las modas porque sí. Si DE VERDAD os gusta seguir las, seréis vosotros mismos pero si NO os gusta, no las sigáis para encajar como gaviotas que persiguen pan. Nosotros no somos un puzzle, no estamos hechos para encajar sino para mezclarnos y ser felices con nuestra entropía, que es el verdadero orden del universo. Seguid lo que de verdad os gusta para disfrutar, para inspiraros, para ser vosotros mismos. Que quien es ahora el marginado verá mañana que lo son los que lo han marginado, los que creen que los deportistas han de ir con los deportistas y los lectores, con los lectores. Yo os invito a salir a la calle a cantar vuestra opinión y a bailar vuestra melodía. Puede parecer mucho, pero todo se reduce a ser uno mismo.

Laia Soler (1º ESO C), *Pequeños pero enormes luchadores.*

Este libro es muy interesante, se llama “Dos velas para el diablo” y es de mi escritora favorita: Laura Gallego. Si te hubieras leído este libro serías un poquito más culto, un poquito más tranquilo, y tendrías un poquito más de conciencia sobre la vida, pero, como no te lo has leído, te voy a hacer un breve resumen.

Este libro soluciona un poquito más el gran problema de la humanidad y las preguntas que van solucionando científicos, historiadores y demás con el paso del tiempo. Este libro, si bien no resuelve del todo el problema, muestra una nueva alternativa fantástica de respuesta a la gran pregunta que nos hacemos todos: ¿de dónde venimos los humanos? Te recomendaría este libro una y otra vez, pero como entre los jóvenes no está de moda leer, solo te digo que, si eres como yo, aficionado a la lectura, te encantará. Porque yo, cuando puse en la portada mi nombre, Irene Muñoz, supe que este era un libro maravilloso.

Aviso: esto no es un diario personal, ni un cuento de hadas, es una reflexión escrita para la posteridad, así que presta atención si quieres que esto te sirva para algo.

Durante mis 12 años de vida, he vivido muchas experiencias dolorosas. Mi padre murió cuando yo tenía diez años, y mi madre, desde entonces, tuvo una gran adicción al alcohol. Mi hermano tiene 16 años y pasa de todo. Llega a casa, dice hola, se va a su habitación y no sale más que para mear. Yo lo comprendo. Teniendo esta familia, yo también lo haría, aunque tengo la misma y no lo hago. Pero es simplemente porque sé que, si no ayudo a mi madre, no lo va hacer nadie. Sin embargo, yo soy feliz, soy feliz por mis libros, soy feliz por mi música y mis sentimientos.

Cada día, al volver del colegio, me pongo esos cascos que me regaló mi padre cuando éramos una familia unida y los enchufa a aquel HTC, que está pasado de moda pero a mí me da igual: ¿para qué quiero más si con eso ya puedo escuchar la radio? Pongo una emisora y empieza a sonar “Stairway to Heaven”, una de mis canciones favoritas de Led Zeppelin. Empiezo a andar, noto el viento en mi cara y me empieza a volar el pelo; en ese momento, siento como si mil pájaros me empujaran a volar, como si las estrellas me arrebataran la gravedad, como si las nubes fueran personas queridas para mí y me invitan a subir con ellas. Cambio la emisora y empiezo a escuchar “Doo-wop” de Lauryn Hill, la reina del hip hop. Me siento fuerte, llena de energía, llena de ritmo, llena de fuerza para seguir caminando por esta vida. Me siento alocada, diferente, suertuda, empiezo a moverme al ritmo de la música, la gente me mira raro, sin embargo no me importa. Vuelvo a cambiar la emisora, de pronto con “Rise Up” de Andra Day. Me siento fuerte y decidida, como si todo dependiera de mí, como si todo el mundo girara en torno a mí, como si no hubiera peligros y todo el mundo fuera de color rosa. Y como dice la canción, tengo fuerza para levantarme una y otra vez, por mi madre, por mi padre en el cielo, por mi hermano y por mis amigas. Estoy segura de que no me rendiré nunca, porque soy una pequeña pero enorme luchadora.

Y, mis queridos amigos, esta es la razón por la que yo vivo. Y lo que os voy a contar ahora no es más que mi reflexión sobre la sociedad y el mundo en general, no os la toméis al pie de la letra:

Es curioso cómo nos afecta la sociedad. Cómo nos preocupa lo que piensen los demás. Nuestra mente se convierte en nuestra mayor enemiga gracias a la sociedad. Esa señora que parece dulce pero que es perversa y lista. Y te engaña. Te dice que sí, que la imagen importa, que tienes que ser quien no eres, que para gustarle a alguien tienes que ser popular, del montón, que solo podrás llevar una buena vida si eres uno más, si haces lo que todo el mundo hace. Pero yo te digo: ¡No! Seamos capaces de, por unos instantes, separar los ojos de las pantallas, separar la mente de las cosas que no importan, separar nuestros oídos de las críticas y nuestra boca de los estereotipos y la discriminación. Separemos nuestro cuerpo y mente de los obstáculos. Piensa en todo lo que realmente te importa, en tu verdadero yo, en tu motivación en esta vida, en tu razón de vivir. Porque tú eres importante, porque tú eres alguien único, porque tienes que seguir tu camino y romper con la sociedad. Sé “anormal”, como dirían algunos. Sé tú mismo, lucha, rompe, porque si no has vivido nunca esta sensación de plenitud, inocencia y felicidad de la que hablaba antes, no has vivido. Porque si no amas a nadie, nadie te amará, porque hoy en día buscamos respeto sin tenerlo, porque reclamamos tener buenos amigos sin preocuparnos de si nosotros lo somos. Porque en este mundo, hay que vivir, hay que soñar, hay que luchar, porque hay que valorar y recordar que las pequeñas cosas son las que realmente importan. Que las maravillas no están fuera sino dentro de ti, no hay que dejarse por perdido.

Y yo solo te digo: piensa, reflexiona, no desprecies el tiempo, porque cada instante es único, es para ti y para los que amas, porque creo en las segundas oportunidades y creo en la amistad sincera. Porque allá sobre el horizonte hallarás la respuesta a todo esto.

Y yo solo te digo: vive. Porque cuando menos te lo esperas, te aparece una persona en tu vida que te hace cambiarla, porque amas tu vida, tienes ilusiones y sueños, y también pérdidas. Pero las superas. Recuerda esto siempre, no lo olvides, sé un pequeño pero enorme luchador. Yo ya lo soy. ¿Y tú?

TERCERO Y CUARTO DE ESO

PRIMER PREMIO DE POESÍA

Katherine González (4º ESO B), *No sé qué piensas.*

No sé qué piensas cuando tu mente
está perdida en otro sitio, pero
tus ojos, tan despiertos, me contemplan
atentamente desde un principio.

No sé qué callas cuando suspiras
y luego repentinamente me miras y sonríes.

Tampoco sé qué sientes mientras piensas,
te despistas y a la vez conspiras.

Pero mientras me ansías
-tal y como yo lo hago-, solo te digo, cariño,
que me quedaré a tu lado.

Y ya que la luz es vaga en esta última vela
y sigo sin saber qué estás pensando,
a lo que ella se consume
solo ruego que recuerdes, aquí, ahora
y siempre,
que mientras tu amor me embriaga,

tu mente me confunde
y tu cuerpo me retiene,
que aquí, ahora
y quizás no siempre,
la vela se desvanece,
el negro se propaga
y la luz
se apaga.

PRIMER PREMIO DE PROSA

Eulàlia Gallardo (4º ESO B), *Salvavidas*.

Cuando pienso en ello aún sigo negándolo. Como si nada, como si todo. Como cuando olvidas que algo existe hasta que vuelves al lugar que te vio partir. Y no es que lo haya olvidado, tan solo es que no pude recordarlo porque nunca tuve un lugar fijo al que regresar. Pero hoy me siento libre, libre aunque noto aún las cadenas que un día me ataron. Pero es esta libertad la que me trae loca, la que hace que hoy más que nunca, solo piense en esto que está tan adentro de mí, escondido, como buscando al olvido.

Pero de lo que sí que me acuerdo, aun sin quererlo, es de todos esos ojos que un día, así, aleatoriamente, se quedaron, aunque tan solo fuese por unos segundos, a mirarme a mí. Y no hablo de romanticismos. Solo son todas esas pasiones ocultas que nunca supo nadie entender, aunque cueste recordarlo. Esa sonrisa pegada a la chica de la línea dos, esos ojos oscuros del hombre misterioso del vagón tres, cada martes mañana justas dadas las seis. Aquella americana perdida a la que olvidé devolver los buenos días, aquel chico modesto, tan nervioso, mirando al reloj como quien tiene un tesoro. Y esa mujer atrevida, sin prejuicios, que aunque nadie lo sepa lleva siempre consigo una foto de cuando era niña en su bolso, como queriendo ser siempre inocente. Ella, tan intensa que apenas se dio cuenta: sus ojos fueron un regalo ese día. Pero también recuerdo a esa chica joven, agarrada a su minifalda, sonriente pero triste a la vez, y a esa mujer mayor, a la que tanto tiempo de magia se le había otorgado. Su alma atravesó la mía y eso bastó.

Pero, pensándolo mejor, eso no es lo único que recuerdo. Porque puede que yo no tenga un lugar al que regresar, un lugar en el cual sentirme segura. Pero lo que sí tenía eran todas esas ganas de comerme el mundo a orgasmos y a sorbos de café, todas esas emociones esperando en algún rincón de mí ser a ser descubiertas, a ser encontradas sin ser buscadas. Porque no es lo que has vivido sino lo que has perdido. Y lo que te arrebataron sin permiso no merece ser enterrado ni aun sabiendo que te hará daño. Hay que dejar fluir todo lo que nos hace ser quienes no somos. A mí nadie me explicó que yo tenía el poder de parar eso.

Y es por esto por lo que recuerdo. Y dolerá siempre. No era fácil, nunca lo fue. Porque aunque yo pareciera callada, correcta, con la mirada perdida dentro de mis pensamientos y como esperando a bajar del tren lo antes posible, eso nunca era así. Era duro llegar, esperar... cobrar y partir. Como quien no ha visto nunca nada, como si el dinero curara mis heridas. He visto tantas cosas ya, tantos clientes, tantas camas, tantos bares y hoteles, que ya ni la menor variación me sorprendería.

Y luego recuerdo la vuelta a casa, a veces aún peor que la ida. Aunque con suerte tendría esa noche el placer de cruzarme con tantas otras vidas, con tantas otras miradas. Y así olvidar que quemaba. Que tan gran salvavidas fue esa estación...

Y lo bueno, dentro de lo malo, fue que nunca esperé reencontrarme con personas pasadas, vividas, entregadas al deseo antes de una correcta bienvenida. Porque yo nunca sabía dónde me dirigía, pero sí sabía que habría vagones, paradas, estaciones... Y eso me salvaría, aunque solo fuese por unos minutos -o con (suerte) unas horas-.

No me gustaba alejarme demasiado. Si la ida era larga, la vuelta también, y eso me dejaba un margen a decaídas que quería evitar.

Pero todo trae sus desventajas, y lo mío de distraerme con las almas agarradas a la vida que encontraba en el metro me pasó factura: la primera vez que te vi estabas leyendo una novela y yo perdida en el reflejo de la luz de las estaciones a través de la ventana. Qué bien me vino y qué mal lo lleve. Ya nunca más volví a coger una línea que no fuera la de ese día.

Y creyéndolo o no, importándote o no, aquí estoy hoy, medio esperando a que sople un poco de viento y pueda despegar de nuevo. Medio esperando a que cada poquitito de mi ser vaya a un lugar distinto. No llores, por favor. Puse todas mis energías en llegar justo donde te vi a ti por primera vez. ¿Sabes? El de la libertad es el más alto de los precios.

SEGUNDO PREMIO DE PROSA

Katherine González (4º ESO B), *La caída*.

¿Has volado y has pensado en la caída? ¿Has creído que el suelo se volvería efímero para retener el golpe? Pues te diré que no.

Te precisaré concisamente que el suelo no retendrá tu golpe, sino que más bien tu cabeza retendrá el dolor. ¿Para qué engañarnos? Las caídas duelen, hacen daño, pero ¿por qué volvemos a caer?

Fácil: la inercia. El impulso de seguir y creer que las segundas, terceras, cuartas... noningentésimas oportunidades no son una más sino una más viable que la anterior. Pero si la probabilidad nos muestra proporciones razonables, ¿por qué la vida no?

Ya no es tan fácil. Es cuestión de suerte, se basa en tu confianza en el azar. Porque sí, probabilidades hay, pero ¿quién te dice a ti que será factible? Y una vez más, NADIE. Somos un mar insaciable lleno de incertidumbre. Así, solo nos queda una y otra vez intentarlo, con la fe de que las cosas serán distintas.

Entonces esa diminuta confianza que concedes te es devuelta con creces, pero en forma de traición. Otro fracaso más. Aun así, tú sabes que es cuestión de tiempo que vuelvas a entregarte y a una vez más fallar.

Porque tú, realmente, ¿has volado y has pensado en la caída?

BACHILLERATO

PRIMER PREMIO DE POESÍA

SARA AUSIÓ (2º D), *Negro ceniza*

¿Te has dado cuenta?
Tu cabello ya no arde,
ya no es fuego,
ahora son las cenizas de un incendio.
No hay rastro de las llamas,
no hay huella de aquella pasión.
El agua las ha apagado,
pero en su lugar se aprecia un abismo,
un abismo negro y profundo,
casi tan profundo como aquel sonido:
el eco de tu voz en mi cabeza.

¿Te has dado cuenta?
Tu cabello ya no arde,
pero sigue habiendo belleza,
mantiene aquella incandescente esencia.
El olor a humo invade cada rincón,
causado por un incendio fortuito.
Y aquellas secuelas se graban,
se graban con fervor en mi corazón,
aun sabiendo que un día se apagarán.
Desaparecerán y sólo será un recuerdo,
un recuerdo nítido de tu presencia.

¿Te has dado cuenta?
Tu cabello ya no arde,
pero sí arden aquellas ganas
de volver a verte otra vez.

SEGUNDO PREMIO DE POESÍA

AÑA GRAÑENA (1º A), *Siglos de anhelo*

Viejos y fríos vestigios de fuego
bajo la tierra, sin dejar marca,
desaparecen como un secreto
dejando una negra humareda.
Y la leyenda de aquí lejana,
con dados de hielo se cuentan
y se rompen frágiles
en un noble desfreno de brillante luna.

Y tú aquí, fiel compañero
y tú aquí, mi gran tesoro,
que ahora en sueños estás sin vida
y que ahora en vida estás sin sueños,
¿tan fácil era mentir sin alma?
¿tan malo era reír sin fin?
Yo con mis ojos te observaba
y con mis labios te deseé.
Y ahora en la oscura noche sin gana
lloro imágenes sin poner fin.
Porque mi cuerpo te recordaba
pero en mi mente yo te maté.

Y de mis labios, lucido y suave,
tu nombre sale con gran dolor.
¡Desaparece!, grité al aire.
pero el hierro se volvió vaho.

Siglos y alma por fin mataron
este gran vacío helado
que, junto a mi cuerpo perdido,
desaparece en el albedo.

Y sola, impaciente, espero
aquella luz tan anhelada,
que ponga fin a mi lamento.

PRIMER PREMIO DE PROSA

ANDREA BELLO (2º Bachillerato B)

XIX

“Mírame bien”. le dijo con tenaz persistencia. Estaba claro que no tenían la misma percepción del tiempo. Este escaseaba, pero no a los dos por igual. Continuó callado, abstraído de toda realidad exterior, pues atónito permanecía ante aquel ser postrado en sábanas de piedra y almohada forrada en tul de tonos ocráceos pálidos, que desprendía un olor terroso, agrio, mefítico.

Reflexionando, con seriedad e incluso con cierta inexpressión facial, sentía los lentísimos segundos pasar, cada tictac de aquel reloj que había sido cruelmente colgado en la pared con la simple intención de informar. Notaba cómo el aire rozaba su piel abriendo grietas, dando paso al lento deterioro de aquella y de alguna que otra seca cana que crecía entre la sien; su cuerpo, cansado pero con gran determinación, como si pretendiese querer ahorrar hasta el menor ápice de energía; el severo ruido de sus huesos y cartílagos achicándose; la disminución general de fluido, marchitando progresivamente, hasta la más pequeña partícula viva, toda visión de futuro.

No tenía tiempo para estúpidas metáforas y alegorías. “¡Mírame! Soy tu futuro”, oyó..., o creyó haber oído. Le era curioso no poder quitársela de la cabeza. Le retumbaba de neurona en neurona aquella frase perturbadora, como si se apropiase de vida, juguetona, con dulce apariencia y malvada intención. Y quería deshacerse de ella. No se sabe bien si por no soportar la realidad o porque no la aceptaría. Quizá ambas.

La respiración se volvió arrítmica. Una imagen congelada de un lúgubre lugar, inmóvil, tieso, con una sensación de irrealidad que estremecía todo su cuerpo, sin saber qué decir o hacer; con mil intrusiones mentales que no le abandonarían, probablemente, jamás. E imploraba una y otra, y otra vez, que el sentimiento de rencor no pudiera apoderarse de él...pues en pasadas circunstancias había sido el mismísimo juez y verdugo.

Segundos después le atormentaba el concepto que adquirió del legado. Qué podría dejar, y no solo eso, sino también cómo dejarlo. Se preguntaba cuál de los dos hechos era más importante y, sobre todo, si acabaría satisfecho cuando estuviese en el lugar que ocupaba, en ese preciso instante, aquel que un día fue su padre.

SEGUNDO PREMIO DE PROSA

NIKOL LYUBOMIROVA (2º D): *Una historia no muy corriente*

Muchos años después me encuentro aquí sola, sentada en la orilla del mar. A pesar de haberlo visitado tantas veces antes, siento que es la primera vez que consigo verlo de esta manera, tan bonito y a la vez tan peligroso. Recuerdo la última vez que estuve aquí con alguien. A él le apasionaba explorar lugares secretos por las noches. Cada anochecer preparaba su mochila y se dirigía a mundos a los que solo las mentes más privilegiadas consiguen llegar. Me contó una vez que, mientras estaba de vacaciones por el Amazonas, exploraba por las noches todo ese mundo tan inhóspito. Aunque no recordaba bien los detalles, me relataba con gran entusiasmo sus descubrimientos: cómo era el cantar de los pájaros, el sonido del río o la viveza de los colores de la flora de aquel lugar. Todos los relatos que me contaba eran únicos, de esos que te dejan con ganas de más. Sin embargo, las últimas veces que le vi noté algo extraño en él, sentía cómo cada vez me ocultaba más cosas. Hasta que un día desapareció. Yo pensaba que se había olvidado de todos nosotros, pero me equivocaba ya que un día, mientras paseaba cerca del parque, encontré escondido un diario que me había escrito y guardado debajo del árbol más pequeño donde siempre nos sentábamos. El diario me recordaba tanto a él que acabé dejándolo tirado en algún cajón cerca de la mesilla de noche, olvidado. No obstante, nunca olvidaré todo lo que me contaba en él.

Cada noche él sentía como una voz le llamaba desde lo más profundo de esas tierras, perdidas entre pueblos aún desconocidos, cada vez más insistente. Y sin saber bien por qué, se levantaba en busca de algo que no sabía exactamente lo que era. Tras seis largas noches de exploración, encontró un lugar parecido a una cueva lleno de rosas blancas. Sentía cómo cada rosa susurraba algo casi inexistente, pero cuando se acercó a ellas vio que cada pétalo tenía unos símbolos grabados, algo semejante a un código. A lo largo de su estancia allí, se dedicó a leer cada pétalo de cada rosa intentando descifrar cuál era el mensaje que le intentaban transmitir. Quizá el mensaje era secreto, ya que cada vez que acababa de leer una rosa, sus pétalos caían al suelo y desaparecían. Cuando faltaba únicamente una rosa, empezaron a pasarle cosas. Debía volver al refugio con los demás, pero, por alguna extraña razón, se perdió en el bosque. Y después de estar allí dos noches, la voz le volvió a hablar. Esta vez le dijo que su misión había acabado, y por lo tanto, como las rosas, él debía desaparecer igual que cada pétalo caído. En todo el diario no había ni una sola palabra sobre lo que le desvelaban esas rosas. Eso sí, en la última página había una frase que me ha impedido dormir desde hace años. En esa página me confesaba que la que debía finalizar esa misión era yo. La razón por la cual nunca me atreví a buscar ese lugar antes es porque nunca creí que fuera cierto. De ser verdad, siempre he tenido miedo a no volver de allí. Pero después de tanto tiempo sé dónde se encuentra la cueva y estoy decidida a entrar.

Tras largas horas de vuelo, por fin estoy aquí. Entro, no muy decidida, y efectivamente encuentro la última rosa ya envejecida. Pese a que hay algo misterioso en este lugar, me acerco a la flor y, con gran determinación, toco uno de sus pétalos. De repente, como si se apoderara de mi mente, la rosa me muestra una visión. Anonadada, veo a mi amigo caminando solo por un puente desierto que lleva a un castillo aterrador. Enseguida intento hablarle, pero siento como si viera a través de mí. Por lo tanto, ya que

no me queda más opción que seguirle, me pongo en marcha. Antes de llegar al castillo, justo en la puerta, encontramos a tres guardias reales muertos y, cuando nos adentramos un poco más, el panorama es estremecedor. Mi amigo empieza a correr hacia las escaleras más cercanas intentando ignorar a toda la gente yacente. Voy tras él, y dentro oigo cómo la rosa le habla. Entonces lo comprendo todo. Él nunca me abandonó, estaba atrapado allí con una finalidad. Había pasado años caminando, buscando el castillo en el que nos hallábamos. Durante el camino había liderado diversas batallas contra seres nunca vistos, algo que, aparte de por el relato de la rosa, he podido percibir por sus prendas y las muchas cicatrices de su brazo derecho. Y ahora que yo me había decidido a finalizar la misión, por fin le había abierto la puerta hacia el castillo. Todo aquello que habíamos visto instantes antes, había sido una visión del futuro que nos esperaba, aunque lo que yo no sabía era que, si él había accedido a ese trato, había sido porque la penúltima rosa le había mostrado una visión. Cada segundo que pasaba allí entendía más cosas, y cada vez se hacía más difícil asimilarlo. Cada rosa que había visto le había relatado la muerte de todos los antepasados de esa cueva, las guerras que habían tenido que librar y todo el sufrimiento de años atrás. Pero el dato que más le había impactado había sido el de enterarse de que su padre, al cual había visto dos veces en su vida, había sido la persona que había protegido las cuatro tierras a partir de las cuales se formó lo que conocemos hoy. Por lo tanto, al ser un descendiente tan directo, las rosas le habían otorgado la misión de proteger a la última princesa. Ella era la que sostenía todo el poder del bien y el mal. Era quien equilibraba la balanza, pero desde hacía mucho tiempo la princesa estaba desaparecida y la balanza desequilibrada. Rápidamente, mi amigo fue en busca de la princesa, y como si hubiera pactado algo con ella la encontró inmediatamente. La princesa estaba escondida en uno de los túneles de debajo del castillo y nos explicaba con gran terror que había sido perseguida durante días y que cada noche esperaba a que la vinieran a rescatar.

Cuando salimos a la superficie y nos dirigimos a la rosa, apareció un dragón y de entre las tinieblas nos intentó quitar a la princesa. Mi amigo, con gran valentía, decidió enfrentarse a él. Pero ni él ni yo estábamos preparados para eso. Yo, que estaba de espectadora, veía que con cada gesto el dragón le hacía más y más daño, hasta que mi amigo se desplomó. Le había perdido sin poder hacer nada, la rabia se estaba apoderando de mí, y en el momento menos esperado grité. Después de tanto tiempo por fin podía sacar todo lo que llevaba dentro. Cuando abrí los ojos, imaginándome lo peor, vi al dragón delante de mí. Estaba muerto. Sin saber cómo ni por qué, yo, que había visto cómo mi amigo luchaba sin parar, le había ganado. Sin esperarlo, todo ese mundo y la visión desaparecieron y me llevaron de nuevo a la cueva. Y justo allí, en el lugar donde había estado la última rosa, apareció escrito el nombre de mi amigo, y con cada lágrima que me caía empezaron a brotar rosas del suelo. Pero esta vez rojas, de un rojo muy intenso. Nunca había visto nada más hermoso, pero era lo menos que podía pasar ante todo lo que él había hecho.

Ahora solo me queda darle las gracias por cada relato único, por cada momento vivido y por su coraje y valentía. Y pese a que intento no ser egoísta, decido guardarme un pétalo como recuerdo.

PADRES DE ALUMNOS

PRIMER PREMIO DE POESÍA

JOAN PELOCHE: *LARGA AUSENCIA*

Entramos en la casa
tantos días deshabitada,
encendemos luces
y abrimos puertas y ventanas.

Hay ecos de pasos
en pasillos y escaleras,
en los cuadros que nos miran,
en fotos, calendarios viejos,
duerme la memoria
de un tiempo
y, sobre la mesa,
aguardan fiestas y manteles.

Volvemos a ocupar
el mismo sitio de cada año.
Afuera el tiempo es un río
de voces de agua
de un paisaje de pinos
donde esperan las sombras
y huyen los senderos.

Hay que llenar los vacíos
para el año que viene.
Llenaremos los silencios
con gritos y alegrías,
creyendo que todavía
alguien nos espera.

Barcelona, a 23 de abril de 2018